

La historia insólita
de un ultramaratonista

DEL OTRO LADO DE LA PARED

Mario Reynoso



Todo lo que está narrado aquí es cierto, es la verdad como yo la recuerdo o como la cuentan quienes participaron en la historia. Todas las personas que menciono existen, sólo cambié algunos nombres, también omití a algunas personas y detalles cuando esto no afectaba al relato, y modifiqué el orden de algunos acontecimientos para facilitar la comprensión del texto.

*Gracias por todo lo que me has enseñado,
estoy feliz haciendo lo único que
puedo hacer, mira Ma.*

PRÓLOGO

No estaba aceptando la realidad, cada vez era peor para mí; llevaba más de veinte horas sin parar, había corrido ese día ciento cuarenta y cinco kilómetros y ahora estaba caminando enojado. Tenía mucho sueño, esa sensación no me dejaba pensar en otra cosa más que en dormir, era como estar en la clase más aburrida de la universidad, desvelado y sentado en primera fila con el profesor viéndome; ahora, en lugar de estar sentado en mi banca en el salón de clases, estaba al aire libre, en la madrugada.

La temperatura había bajado en poco tiempo de veinte a cero grados centígrados. Caía aguanieve, la humedad hacía que el frío se sintiera en la piel pero también dentro del cuerpo. No contaba con ropa suficiente para soportar esas condiciones del clima; no llevaba chama-

rra, sólo traía puesta una camisa de manga larga, por lo menos tenía tapadas las orejas, igual que el resto de la cabeza, con un gorro de lana; sin embargo, sentía como si se me fuera a caer la nariz porque estaba congelada como los dedos de mis manos, además me incomodaban las ampollas que tenía en los dedos y en las plantas de los pies. Quince kilómetros antes pasé por el puesto en donde estaba el doctor de la carrera y me detuve para que las curara, me sacó el agua y vendó mis pies. Antes de eso el dolor era insoportable, se sentía como pisar navajas.

Me dolían las piernas cada vez que daba un paso, eso normalmente se siente al otro día del maratón con el ácido láctico atrapado en el músculo, un dolor parecido a cuando por un golpe no se puede mover la pierna y se siente dormida. Estaba muy enojado peleando contra el camino; me tropezaba con las raíces de los árboles porque ya no veía bien. Después de haber estado expuesto a la luz del sol durante todo el día, los ojos no se acostumbran a la noche, la lámpara que llevas en la frente te ayuda sólo un poco. Me quejaba de las subidas cuando el dolor era más fuerte, también luchaba contra mí. Yo había decidido hacer esa carrera, pero “¿para qué?, ¿qué estaba haciendo ahí?, ¿qué quería demostrar?”. Todo el tiempo estaba reclamándome.

Ya no confiaba en mi comprensión de lo que pasaba, no estaba seguro de lo que sentía o de lo que veía, no sabía si tenía frío porque estaba cansado o si en realidad había bajado tanto la temperatura. Ale, mi esposa, estaba conmigo, llevaba tres horas acompañándome. “¿Alita, tú tienes frío?”, le pregunté. “Sí, mucho”, contestó. Pensé en Ale, “¿por qué ella iba a tener que sufrir ahí?” En ese momento ya había cambiado mi actitud, me di cuenta de que realmente no había ningún problema, nada más estaba caminando en el bosque y quejándome no iba a llegar a ningún lado. Estaba ahí, me faltaban quince kilómetros

para acabar la carrera; si quería llegar a la meta tenía que moverme, pero ya no sentía la presión ni las ganas de terminarla, en ese momento estaba bien. Lo acepté todo por completo, dejé de luchar y me rendí, decidí no caminar más y empecé a correr otra vez, pero ¿cómo fue que llegué a eso?

Unos días antes de esa carrera fui con una de mis hijas al bosque del Desierto de los Leones, en la Ciudad de México; era domingo, estaba amaneciendo y mientras bajaba del coche, ella salió corriendo por una subida. Tardé menos de un minuto en lo que guardé las llaves y me abroché las agujetas para ir tras ella.

Pía llevaba los tenis y la ropa que usaba para ir a cualquier lugar, es decir, no traía nada especial para correr, tampoco se estaba midiendo el pulso ni entrenando para alguna carrera, simplemente estaba ahí, en el bosque. Ella tenía cinco años y cuando la alcancé, sin preguntarle nada, me dijo sonriendo con su vocecita aguda:

—Papá, qué bueno que vinimos a correr porque quería sentirme... ¡libre!

Ella corre para sentirse libre y tal vez para estar un rato conmigo, así de simple. Disfruta el momento presente aquí y en su vida en general también; no hace ningún esfuerzo porque cuando se cansa busca un lugar que le gusta, se sienta, dice que es una princesa y que ese lugar es su trono. No se presiona por el tiempo y cuando ve un árbol que le llame la atención se detiene, me lo enseña, se queda observándolo hasta que ya no hay nada más que verle y sigue. Ella juega. Si se encuentra una rama en el piso la recoge y dice que es su bastón, camina apoyándose en él, luego lo convierte en una espada y me persigue con ella. Casi todo el tiempo se está riendo, y cuando se aburre me dice que ya se quiere ir.

¿En qué momento dejé de correr o de vivir como Pía? ¿Para qué dejé de hacerlo? ¿Qué empecé a buscar? Es difícil saber qué queremos cuando dejamos de correr por gusto y empezamos a hacerlo por una necesidad que viene de nuestro interior. Es una búsqueda que para unos termina pronto, quizá en un maratón y, a veces, ni siquiera eso es necesario. A mí me ha llevado a hacer carreras en las que parece que estoy tratando de llegar al límite de mi capacidad física y mental, y a otros los ha llevado más lejos, a participar en competencias que yo todavía no he necesitado y me canso nada más de pensar en ellas. Suena raro que alguien disfrute correr después de muchas horas con los pies llenos de ampollas o en climas extremos sin dormir, pero lo hacemos. Esas distancias no nos hacen sentir bien físicamente pero satisfacemos otras necesidades.

En estas competencias largas son pocos los que corren para ganar. Como en cualquier deporte hay atletas admirables que se disputan los primeros lugares en cada carrera, pero la mayoría de quienes participamos, somos gente común que por alguna razón tuvimos que correr más lejos, nada más. En mi caso, empecé por probarme, quería ver si era capaz y cada vez que lo lograba me daba cuenta de que podemos hacer cosas increíbles que no hubiéramos imaginado hasta que lo intentamos. Después lo hice para alimentar mi ego, según yo para diferenciarme de los demás y obtener el reconocimiento de las personas; más tarde me pasó que cuanto mayor era la distancia menos significado tenían para mí la meta y el reconocimiento, aunque lo seguí haciendo porque después de muchas horas empecé a descubrir lugares a los que sólo he llegado corriendo. No hablo de la parte más alta de la montaña donde se puede ver el amanecer con el Sol saliendo atrás de los volcanes, ni del bosque que tiene tantos árboles que mientras

corres a través de él no puedes ver la luz, ni del puente de madera que cruza el río muy cerca de la ciudad y que está en un lugar al que los coches no pueden llegar; me refiero a esos lugares que están dentro de nosotros, a los que llegamos cuando el cansancio es tan grande que ya no podemos controlar los pensamientos y entonces la mente ya no nos domina; es ahí donde vemos en realidad lo que no somos, descubrimos cuáles son los límites que cada uno se puso y las cosas que de verdad son importantes para entonces entender la vida un poco más. Muchas veces me han dicho que corro porque estoy huyendo de algo, que es un escape, y sí, lo llegué a pensar, pero hoy estoy convencido de que lo hago no por alejarme, sino por buscar.

Mi nombre es Mario, necesito correr y esta es la historia que les quiero platicar.

CAPÍTULO 1

EL CAÑÓN DE LAS MARAVILLAS

Voy en el asiento que está junto a la ventana, siempre me ha gustado este. Me siento lo más abajo que puedo, casi recargado sobre la espalda. Llevo puesta una sudadera que tiene gorro, es muy caliente y tengo las manos dentro de las bolsas. Me asomo por la ventana y veo el campo del invierno en Chihuahua, el Sol apenas está saliendo y ya tengo hambre ¿o serán nervios?, no lo sé. Ale está sentada junto a mí, leyendo *Nacidos para correr*; este libro nos explica, entre otras cosas, por qué los seres humanos somos los mamíferos más aptos para correr largas distancias, nos habla de la Sierra Tarahumara y de la vida tan discreta que viven ahí sus increíbles atletas, quienes nunca han olvidado que correr es parte de nuestra esencia. En teoría ese libro es la razón por la que vinimos, lo leí y decidí participar en esta carrera,

es un ultramaratón de ochenta kilómetros en la Sierra Tarahumara. La verdad, no me he dado cuenta todavía pero realmente estoy aquí por dos cosas que nada tienen que ver con el libro: la primera pasó hace casi veinte años cuando estaba terminando la prepa, un martes decidí salir a correr no sé para qué y también sin saberlo inicié una búsqueda que hoy me trae aquí, a la Sierra; la otra pasó hace mucho más tiempo, es más, ni siquiera me acuerdo, pero lo sé porque he vivido con eso casi toda mi vida, fue el día que dije o entendí por primera vez la palabra yo.

Este tren sale todos los días desde Chihuahua, cruza gran parte del norte de México a través de la Sierra Madre y hace varias paradas hasta llegar a los Mochis quince horas después. Es un tren pequeño, según el día tiene dos o tres vagones, es muy cómodo y la comida muy buena. En cada vagón había un policía armado. «Ya está abierto el comedor, por si quieren pasar», nos dijo un señor vestido de uniforme.

A las siete de la mañana estábamos desayunando, el señor de la mesa de junto se tomó un tequila y dos cervezas; el mesero nos dijo que también él iba a la carrera. Era Rubén, su hijo lo había inscrito y le compró una tienda de campaña para que durmiera ahí. «Pero no la sé armar, yo creo que hoy sólo me voy a tapar con ella y ya mañana veo cómo la armo», nos dijo. «Prohibido que lo invites al cuarto», me advirtió Ale sin que oyera Rubén. Íbamos al fin del mundo, después de nueve horas en este tren llegaríamos al pueblo de Bahuichivo y de ahí una camioneta nos llevaría por una brecha de tierra hasta Urique, el lugar donde sería la carrera dentro de cuatro días. Nosotros teníamos reservación en un hotel que yo hice dos meses antes y que fue más o menos así:

—Hotel Estrella del Río.

—Quiero hacer una reservación para la carrera: cinco noches, dos personas. Soy Mario.

—Muy bien, ya está.

—¿Quién habla?

—José Quintana.

—Ok.

Eso era todo lo que sabía.

Se fueron Ale y Rubén. Me quedé tomando un café y viendo por la ventana; me acordé de que fue mi papá el primero que me habló de los tarahumaras. Me decía que eran personas que podían correr durante días y que algunas veces los habían llevado a competir en maratones de otros países sin éxito; no corrían rápido o no se enteraban que se trataba de ganarles a los demás, pero al terminar el maratón cruzaban la meta frescos, «¿Cómo que ya se acabó?» Hay historias de tarahumaras que han corrido cientos de kilómetros sin parar, y en la sierra dicen que hay que tener cuidado al pedirle referencias a alguno de ellos para ir a un lugar porque cuando te señalan el camino y te dicen: «Es ahí adelante», puede ser una caminata de seis o siete horas.

A mediados de los años noventa, durante la carrera de cien millas (ciento sesenta kilómetros) de Leadville, un gringo llevó a la carrera a algunos de los mejores corredores tarahumaras del momento. Leadville es una de las carreras más famosas (o menos desconocidas) de ultramaratón en Estados Unidos, por lo tanto también estaban ahí algunos de los mejores corredores de ese país.

En la parte final de las carreras de ultramaratón alguna persona puede acompañar al corredor, a este individuo se le da el nombre de *pacer* en inglés, en español la traducción sería: «el que pone el paso» o algo así, y se encarga de indicarle el camino al atleta durante los

últimos kilómetros. Muchas veces ya es de noche o el corredor está demasiado cansado para encontrar la ruta que generalmente se marca con listones en los árboles y se puede perder; también le recuerda que tiene que comer y tomar agua, y sobre todo lo acompaña haciéndole plática, muchas veces aguantando las quejas y groserías que dice debido al cansancio y al dolor.

Nos cuentan en *Nacidos para correr* que ese año en Leadville, durante la cena de la noche anterior a la carrera, una persona que se hacía llamar Shaggy se acercó a los tarahumaras para ofrecerles ser su *pacer* durante la segunda mitad de la carrera.

—¿Tú crees que puedes correr ochenta kilómetros con los tarahumaras? —le preguntó el gringo que los había llevado a la carrera.

—Pues no sé, pero si no soy yo, ¿quién más? —contestó Shaggy.

Al día siguiente, Juan Herrera, uno de los corredores tarahumaras llegó en primer lugar y no sólo rompió el récord de la carrera, sino que también fue el primer ganador de la historia de Leadville ya que al cruzar la meta pasó por abajo del listón en lugar de romperlo, un detalle que ejemplifica la humildad de estos increíbles atletas. Este corredor estuvo acompañado en las últimas cincuenta millas por Shaggy, quien después de cruzar la meta decidió seguir a su nuevo amigo hasta la Sierra Tarahumara donde con el tiempo se ganó el apodo de Caballo Blanco.

Unos diez años después, cuando Christopher McDougall llegó a la Sierra Tarahumara para conocer los secretos de estos súper atletas, mientras escribía su libro *Nacidos para correr* se enteró de Caballo Blanco, pero tardó días en encontrarlo; llegó a pensar que era un mito, que no existía y que los tarahumaras sólo le hablaban de él para distraerlo, hasta que un día lo encontró en un hotel y Caballo le platicó

muchos de los secretos que había aprendido de los tarahumaras durante el tiempo que llevaba viviendo en la Sierra.

Los tarahumaras no habían querido regresar a Estados Unidos desde esa carrera en Leadville, entonces Caballo Blanco y Christopher decidieron hacer algo diferente: buscaron a Scott Jurek, el mejor ultramaratonista de Estados Unidos en ese momento y lo convencieron de ir a una carrera de ochenta kilómetros en la Sierra Tarahumara. Junto con Jurek viajaron unos cuantos ultramaratonistas más para correr con los tarahumaras, y es así como nació el Ultramaratón Caballo Blanco. Según el propio Caballo, el propósito de esta carrera es conservar la tradición de corredores que tienen los rarámuris (como se les llama a los tarahumaras en su propio idioma), además de ayudarlos económicamente. Me fascinó la historia, no sólo para platicarla o recomendar el libro, yo quería ir a correr esa carrera.

Poco antes de terminar el libro empecé a investigar, a tratar de contactar a Caballo Blanco, que seguía siendo un misterio; si encontrarlo estando en la Sierra era difícil, desde la Ciudad de México lo sería aún más. Yo ni siquiera sabía si esa carrera se había hecho una vez hacía cinco años, si se hacía cada año o cuándo sería la próxima. En algún lugar encontré una dirección de e-mail que se suponía que era de Caballo y le escribí; después de varios días yo estaba en una tienda un domingo en la tarde y me llegó su respuesta: «Me gustaría mucho que vinieras a la carrera el siguiente año, te mando el cuestionario de inscripción». ¡Caballo me contestó!, me emocioné mucho. Era como estar leyendo *Cien años de soledad* y recibir un e-mail del coronel Aureliano Buendía.

Llené el cuestionario al día siguiente; la última pregunta era: ¿Cuál es tu experiencia en carreras a campo traviesa? «Ninguna, pero

entrenó en las partes altas de la Ciudad de México a tres mil metros de altura y he hecho maratones», ¿qué otra cosa podía decir? Días después recibí el siguiente e-mail de Caballo: «Bienvenido al ultramaratón 2012, por favor haz tu donativo». En esta carrera no había un costo de inscripción, se hacía un donativo dependiendo de lo que cada quien considerara que era el valor de un evento así. Caballo decía: «Paga lo que quieras y cuando regreses a tu casa deposita lo que creas que valió esta experiencia. Todos los ingresos son utilizados para beneficio de los tarahumaras».

Terminé mi café, pagué la cuenta y regresé a mi lugar para alcanzar a Ale. La persona que nos iba a recoger en Bahuichivo me había dicho que Germán Silva, el mexicano que había ganado dos veces el Maratón de Nueva York, vendría en el tren porque también iba a participar en la carrera, aunque yo no lo había visto. Para Caballo Blanco era muy especial que un corredor de tanto prestigio como él asistiera a su evento. Germán sólo había participado en una competencia de montaña antes de esta; hacía exactamente un mes había roto el récord de una carrera de cincuenta kilómetros en la Ciudad de México, y Caballo nos lo presumió a todos en un correo electrónico. Germán era uno de los favoritos para ganar el domingo.

Antes de llegar a mi lugar, Ale me interceptó: «Ven, te voy a presentar a alguien». Y ahí estaba Germán Silva, ganador del Maratón de Nueva York en 1994 y 1995, el mismo que en parte me había inspirado a correr mi primer maratón en 1996, ¡increíble! En ese vagón también venía Steve, un militar de las fuerzas especiales del ejército inglés; se enteró de esta carrera igual que yo, leyendo el libro *Nacidos para correr*, y al verlo me ayudó mucho saber que había un corredor que pesaba más kilos que yo. Le dije que si para mí era una aventura

este viaje, para él debía de ser lo más exótico que había hecho en su vida. «Bueno, yo estuve en la guerra de Afganistán», respondió, sin ser arrogante pero sin darme más detalles.

El tren hizo una parada de media hora en un lugar que se llama Divisadero, desde donde se pueden apreciar las Barrancas del Cobre, sin duda es uno de los sitios más impresionantes de México. Poco tiempo después hablé por teléfono con Toño Chi, mi entrenador, para que me diera sus últimos consejos.

—Vete entre el setenta y siete y el ochenta y cuatro por ciento de tu pulso —me dijo.

—¿Qué pasa si voy más lento? —le pregunté.

—No, pues eso...

Fin de la señal por los siguientes días.

Nueve horas después de salir de Chihuahua llegamos a Bahuichivo y ahí nos estaba esperando una persona con una camioneta para llevarnos a Urique; nos subimos varios corredores y dos periodistas no-ruegos que venían a conocer a Caballo Blanco y a cubrir la carrera. El clima de ese pueblo es de montaña, seco y fresco en esa época del año, pocas semanas antes todavía había nieve. Para llegar a Urique sigues una bajada por un camino de terracería que, como ya dije, dura más o menos tres horas y en el que descienes cerca de dos mil metros para llegar al fondo del cañón donde el clima es totalmente diferente, y hay árboles de mango. La bajada es empinada y el camino angosto, siempre junto al precipicio. Durante el viaje hay bastante silencio y a veces algunas risas nerviosas, sobre todo cuando viene un coche de frente y hay que acercarse al abismo para dejarlo pasar. Llegamos a Urique y en la pared que está en la entrada del pueblo había un mural que decía: “8° Ultramaratón Internacional Caballo Blanco 2012”, y una lista con

los nombres de los ganadores de cada año: Jenn Shelton, Scott Jurek, Arnulfo Quimare, entre otros. ¡Llegamos a la carrera!

Urique está rodeado de montañas y, hay un río que pasa a lo largo del pueblo, y tiene una calle principal donde está todo: la clínica, el palacio municipal, el zapatero que también es el peluquero, el restaurante Plaza, la estación de policía y pocas cosas más. No hay señal de celular ni de internet, es un mundo aparte. Este lugar no tiene más de mil habitantes, pero esta semana increíblemente hay varios periodistas, un centenar de corredores de los cinco continentes y cientos de rarámuris de diferentes lugares de la Sierra para correr los ochenta kilómetros del Ultramaratón Caballo Blanco que Christopher McDougall describe en su libro *Nacidos para correr* como “la más increíble carrera jamás contada”.

Ya se había metido el sol en Urique, estaba oscureciendo y nos estacionamos afuera del restaurante Plaza. La salida y la meta de la carrera son justo ahí y casi todo el evento era en torno a este restaurante. En ese momento acababan de llegar la mayoría de los corredores que, en lugar de haber arribado en una camioneta, habían bajado caminando hasta Urique durante ocho horas con Caballo Blanco. Esta caminata era parte del viaje, pero cuando hace unas semanas le pregunté si Ale podía venir conmigo a la carrera, me contestó: «Sí, Ale puede venir a todo menos a la caminata del miércoles, es muy pesada». Entramos al restaurante, que es una casa, para registrarnos y había mucho desorden. A la entrada está la sala, varios tarahumaras estaban ahí sentados en sillas alrededor de una mesa viendo cualquier cosa en la televisión; del lado izquierdo está la cocina y más adelante una puerta que lleva al patio trasero donde están las mesas para comer. Estaba lleno y se oían pláticas en varios idiomas; hay cuatro o cinco mesas grandes y puedes

sentarte a comer en donde encuentres lugar; durante esa semana, en esas mesas, tienes la oportunidad de conocer y platicar con grandes corredores de todo el mundo.

En el fondo del restaurante había una mesa con muchas cosas encima y ahí vimos por primera vez a Caballo Blanco —alto, muy flaco, su piel era muy blanca y estaba desgastada por el sol, totalmente calvo y con los pómulos sumidos—. Cuentan que cuando los tarahumaras lo veían hace unos años, en la época en la que él acababa de llegar a la Sierra, pensaban que era un fantasma. No le gustaban las fotografías ni la fama. Llevaba unos meses comunicándome con él por correo y ahora lo tenía frente a mí. Caballo Blanco se había convertido en una leyenda y en un misterio, se sabían pocas cosas de su pasado y se contaban muchas historias de él. Estaba tratando de organizar el registro de los corredores y la entrega de playeras con la ayuda de su novia la Mariposa y de otras dos personas.

—Hola, soy Mario y ella es Ale, mi esposa —le dije.

—Ven acá, Mario, te voy a dar una playera y a ti también, Ale, sólo por estar aquí ya eres una *Más Loca*.

Caballo estaba feliz. Con el término *Más Loco* él se refería a los corredores de este ultramaratón; acabar la carrera o estar entrenando para hacerla te daba ese calificativo.

Conocí a Tita, la dueña del restaurante, y le pregunté por el hotel. Ella le dijo a su nieto de siete años: «Llévalos con tu abuelo». Ale y yo caminamos con él hasta el hotel que estaba como a dos cuadras y conocimos a don José.

—Abuelo, se quedan aquí.

—Está bien, el cuarto 3 —dijo don José.

Nunca me preguntó mi nombre, no sirvió la reservación que había hecho, pero teníamos un cuarto muy bueno.

Para conocer el recorrido de la carrera se hacen dos caminatas antes, así es que el jueves a las ocho de la mañana quedamos en vernos para hacer la primera de treinta kilómetros. Ale y yo llegamos cinco minutos tarde y ya se habían ido, empezamos a caminar rápido y en ese momento nos alcanzó Germán Silva. «Vámonos trotando para alcanzarlos», nos dijo. Era una locura, ¿estaba corriendo con Ale y Germán Silva en medio de la Sierra Tarahumara, tratando de alcanzar a Caballo Blanco? Pronto encontramos al grupo. Era un camino amplio de tierra junto a un río con subidas y bajadas con las primeras vistas del cañón desde abajo, y sentimos por primera vez el camino por el que correríamos el domingo.

Diez kilómetros después llegamos al puente colgante, cruzamos el río y empezó la subida al rancho Los Alisos. Es una subida de tierra impresionante en zigzag, con curvas de casi ciento ochenta grados con una inclinación que faltaba poco para meter las manos por lo empinada que era. Por fin llegamos al ranchito con árboles de toronjas; tres horas caminando desde que salimos, ¿trece kilómetros y medio en ese tiempo?, ¿cómo le voy a hacer para terminar ochenta? Empezó el regreso, corrimos un poco en la bajada para probar cómo se sentiría el domingo, si se podía correr bien. Llegamos hasta el puente y nadamos en el río, varios estaban platicando la posibilidad de volverse a meter durante la carrera. Cuando faltaban cinco kilómetros para llegar a Urique, Ale, yo y otros más, incluyendo a Caballo Blanco, conseguimos un *aventón* en una camioneta *pick-up*. Caballo y yo nos sentamos juntos hasta atrás y me dijo: «Siempre que pido aventón me arrepiento de no ir caminando». Le di mi botella de agua a Ale para poder detenerme

con las dos manos, Caballo me comentó que esa subida por la que íbamos el día de la carrera parecería interminable, después trató de bajarse antes de llegar al pueblo, se cayó y rodó por la tierra (¡qué personaje!). Su novia la Mariposa nos dijo: «Siempre que pide aventón se baja antes de llegar al pueblo, no le gusta que lo vean en un coche». Fuimos al hotel a bañarnos y dormimos una siesta como hasta las cuatro de la tarde. Ale ya no se levantó sino hasta el otro día; habían sido cinco horas y media en las que estuvimos caminando bajo el sol.

Fui a cenar al restaurante Plaza y ahí conocí a Miriam, una croata que había corrido el mundial de veinticuatro horas y estaba un poco frustrada por no haber podido alcanzar los doscientos kilómetros; corrió ciento noventa y nueve y medio en veinticuatro horas. «Ok, ya entendí, esto es una carrera entre tarahumaras, súper atletas internacionales y yo», pensé. Cada vez que hablaba con un corredor como Miriam me preocupaba, pensaba que tenía que estar mucho mejor preparado de lo que estaba; nunca había participado en una carrera de montaña y mucho menos en un ultramaratón. Miriam se dio cuenta de que yo estaba nervioso y preocupado y me dijo entre italiano y español: «Te va a ir muy bien en la carrera, hazle como yo, piensa: *donkey*, soy un burrito, voy para adelante, no como, sólo tomo agua y Coca-cola. Sigue y sigue, y termina la carrera, disfrútala».

El viernes en la mañana nos vimos a las ocho para hacer la segunda vuelta de reconocimiento, esta vez iban con nosotros muchos tarahumaras o rarámuris, antes veíamos a uno o dos, ahora varios estaban presentes en la caminata con sus camisas de colores y sus huaraches; no hablan, no se quejan, nada más caminan. Subimos todo Guadalupe Coronado hasta ver a lo lejos la iglesia por la que pasaríamos el domingo en el kilómetro ocho y en el setenta y dos. El guía nos señaló una

casa y nos dijo: «Ahí vive un perro muy bravo, antes de llegar agarren una piedra». Una emoción más para la carrera.

Cuando llegamos a Urique llevábamos más de cinco horas caminando otra vez, muchos decidieron no hacer la segunda caminata para descansar dos días completos, tal vez hubiera sido mejor, pero ya no había nada que hacer. Ese día cenamos con Anna y Duncan Orr, unos australianos recién casados que estaban haciendo un largo viaje por todo México. Duncan era soldado al igual que Steve, él y Anna iban a correr el domingo su primer ultramaratón. «Por fin alguien como yo.» A dormir.

El sábado me desperté preocupado, me dolían las piernas y tenía ampollas veinticuatro horas antes de la carrera, no tenía esa preocupación desde mi primer maratón en 1996. Me pregunté si podría o no, «¿qué se sentirá correr en el kilómetro sesenta?» Me habían dicho que hay un músculo entre la pierna y la cadera que no se siente en los maratones pero que después del kilómetro sesenta duele mucho. «¿Corrí lo suficiente? No hice pesas, ¿importará? ¿Caminé de más en estos días? ¿Soy como ellos? ¿Estoy mal por estar aquí? ¿Y si me preparo mejor y regreso el año que entra?» En ese momento empecé a tener dudas. La mente siempre tiene que estar fuerte, trataba de pensar positivo: «A tu paso, burrito, *donkey*. Sólo faltan ochenta kilómetros al principio. Toma agua y vas a estar bien. Entre el setenta y siete y el ochenta y cuatro por ciento de pulsaciones». Ese juego iba a durar todo el día.

Creo que la preocupación es buena para mí, me hace enfocarme, pensar en la carrera y poner atención, cuidar la comida y la hidratación. Es muy importante empezar lento, si tienes ganas de correr rápido guárdalas para el final. Comer y descansar, eso era todo lo que podía hacer ese día, y fuimos a desayunar con Tita. Urique estaba ahora lleno

de tarahumaras, ya se sentía la carrera, en la plaza principal estaban ensayando para el *show* de la noche. Después de desayunar fuimos a dormir una siesta... no pude dormir. Ale me cortó el pelo, sentía menos calor, me sentía más fuerte. A las doce fuimos por los números, el juego seguía, ¿podré o no?

Caballo me dio mi playera: “Número 59 Mario Reynoso de México”. Después nos fuimos al cuarto a escondernos del calor, a descansar las piernas y a tratar de dormir. Encontramos un alacrán en el cuarto, no me importó, Ale se preocupó porque según ella venían en pares, entonces apareció Duncan, el australiano que estaba en el cuarto de al lado: «Tenemos uno aquí también», y con eso todos se tranquilizaron. Ahora sí no podía dormir, estaba muy preocupado, «¿cuánto voy a sufrir mañana?, ¿qué hago aquí?» Trataba de dormir y oía a Ale platicar afuera con los vecinos, Duncan, Anna y Steve, quien tenía en su cuarto todo tipo de pastillas, *gadgets*, pomadas, cremas, etcétera. Estaban hablando de la carrera, salí del cuarto, Steve me dio pastillas de sal y me dijo viéndome a los ojos, como si se tratara de algo muy serio: «Una cada hora si no hace calor y dos cada hora si hace». Duncan me dio unas gomitas: «Comete una cada hora», me dijo. En las caminatas me habían salido ampollas y eso te puede retirar de la carrera. Steve me dio algo como vaselina para los pies y una pomada en caso de rozarme. Anna dijo que estaba nerviosa. «A mí ni me volteen a ver», pensé.

En la tarde fuimos a la plaza de Urique, era la ceremonia de inauguración, la calle estaba llena de tarahumaras, bailes y políticos. Presentaron a los corredores de cada país, de cada estado de México y de cada comunidad tarahumara. No todos los cuatrocientos tarahumaras que vienen a la carrera viven en Urique, la mayoría viaja desde otras partes de la Sierra y Caballo Blanco se encarga de conseguirles trans-

porte y hospedaje en un campamento. Nos despedimos de los demás atletas, nos veríamos en la carrera. Llegó el día, no había más. Fui con Ale a la tienda, compramos agua, Gatorade, suero y fruta. Llegamos al cuarto y me puse curitas en las ampollas de los talones; llené las botellas de agua e hicimos la maleta que tendríamos en el restaurante Plaza con Tylenol, curitas, una playera, fruta, vaselina y lo demás. Me acosté pero casi no dormí, empecé a sentir nervios, seguía el juego y para mal, pensaba más en negativo que en positivo. Hacía calor, afuera había una fiesta en el campamento tarahumara. Oí perros, vacas, cabras; puse mi despertador a las cinco de la mañana pero me desperté a las once, a la una, a la una y media, a las dos; di vueltas y a las cuatro y media me levanté.